



UNIVERSIDAD DISTRITAL  
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS



IPAZUD

Instituto para la Pedagogía,  
la Paz y el Conflicto Urbano.  
Universidad Distrital  
Francisco José de Caldas

# Subjetividad política de la guerra. Testimonio de María Eugenia Vásquez<sup>1</sup>

The political subjectivity of war. María Eugenia Vásquez' testimony

Subjetividade política de guerra. Testemunho de María Eugenia Vásquez

**Diego Hernán Arias Gómez<sup>2</sup>**

diegoarias8@gmail.com  
Universidad Distrital Francisco José de Caldas  
Bogotá – Colombia

Artículo recibido: 21/04/2014  
Artículo aprobado: 01/07/2014

Para citar este artículo: Arias, D. (2014).  
Subjetividad política de la guerra.  
Testimonio de María Eugenia Vásquez.  
*Ciudad Paz-Ando*, 7(1), 48-63

DOI: <http://dx.doi.org/10.14483/udistrital.jour.cpaz.2014.1.a03>

## Resumen

El escrito trata sobre una reflexión de la militancia político-militar de una combatiente guerrillera, María Eugenia Vásquez, durante las décadas del 70 y 80 del siglo pasado, a partir de sus memorias publicadas a manera de narración autobiográfica, en el libro *Escrito para no morir: bitácora de una militancia* (1998) y en otros de sus textos. Se trata de rastrear las configuraciones de la subjetividad política de una mujer que evoca las motivaciones de su participación armada ilegal, las vicisitudes de su militancia y las razones de su desmovilización.

**Palabras clave:** subjetividad política, narrativa testimonial, militancia femenina, conflicto armado interno.

<sup>1</sup> El presente texto es producto del seminario doctoral titulado "Memorias de la violencia política y narrativa testimonial: Lecturas desde la historia cultural de la educación", dirigido por la Dra. Martha Cecilia Herrera del Doctorado en Educación de la Universidad Pedagógica Nacional.

<sup>2</sup> Docente asociado de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.



## Abstract

The following text provides a reflection of the military-political militancy of a guerrilla fighter, Maria Eugenia Vasquez, during the 1970s and 1980s, based on her published memoirs as an autobiographical narrative, in the book "Escrito para no morir: bitácora de una militancia" (1998), and other texts. This paper intends to track the political subjectivity configurations of a woman who recalls the motivations on her illegal armed participation, the difficulty of her militancy and the reasons for demobilization.

**Keywords:** political subjectivity, testimonial narrative, female militancy, internal armed conflict.

## Resumo

O seguinte texto trata-se de uma reflexão sobre a militância político-militar de uma guerrilheira, Maria Eugenia Vasquez, durante os anos 70 e 80 do século passado, a partir de suas memórias publicadas, como uma narrativa autobiográfica no livro "Escrito para não morrer: Bitácora de uma militancia(1998) e outros textos". Este trabalho pretende acompanhar as configurações da subjetividade política de uma mulher que revela as motivações de sua participação armada na ilegalidade, as dificuldades de sua militância e as razões de sua desmobilização.

**Palavras-chave:** subjetividade política, depoimento, a militância feminina, conflito armado interno.

*El conflicto colombiano es también un duelo de relatos. Cada actor tiene su versión, construye su relato desde su punto de vista como victimario, víctima, gobernante, político en acción, testigo pasivo u observador experto. Cada uno tiene su historia y busca los canales para legitimar la situación que ha conocido o vivido y las razones por las que ha actuado de determinada manera*  
(Franco et al., 2010, p.12).

## Introducción

A principios de la década del 90, se concretaron en Colombia algunos procesos de paz que culminaron con la desmovilización de varios grupos armados (M-19, PRT, EPL, Quintín Lame, La Corriente de Renovación Socialista del ELN, las Milicias Populares de Medellín y el Frente Francisco Garnica). Este ambiente es propicio para hacer visibles algunos testimonios de víctimas, victimarios y combatientes con publicaciones de circulación nacional (Tovar, 1993; Braun, 1998; Castaño, 2001).

Este fenómeno coincide, por un lado, con lo que postula Carmen Ochando (1998) en cuanto al surgimiento de la práctica literaria documental en América Latina a partir de los años sesenta, paralelamente a lo que se llamó el *boom* de la literatura latinoamericana; y por otro, tiene que ver con lo que Andreas Huyssen (2007) plantea sobre la intensificación de los discursos de la memoria en Europa y Estados Unidos en los ochenta, a propósito de las producciones activadas en un debate más amplio sobre el holocausto judío. Narra-



tivas que, por lo menos en Colombia, tienen sus raíces en un pasado de guerra, ya que según María Teresa Uribe (2004), éstas han sido eventos trascendentales en el devenir de la nación que han provocado imaginarios de conflicto perpetuo,

de allí que resulte pertinente preguntarse cómo han incidido las palabras de la guerra en esas formas de imaginar la nación y de qué manera muchas narraciones y lenguajes configurados para otros momentos históricos se mantienen en el presente para justificar el uso de las armas o para reprimir a los rebeldes. (p.15)

La autora rastrea en los periódicos, folletos, pasquines, proclamas y discursos del siglo XIX, la retórica y la poética de la guerra; la primera para convencer, y la segunda para conmovir frente a la necesidad de justificar o emprender la lucha armada en diferentes momentos históricos. En este punto vale la pena destacar el papel de académicos, periodistas y literatos en lo que se podría denominar una *hermenéutica de la violencia* (Zuleta, 2009), en la que la generación del conocimiento en la pluma de intelectuales hizo público el tema de la violencia a la vez que configuró los límites de su comprensión, escenario que estuvo marcado por una perspectiva que hizo visible por primera vez al pueblo, al otro.

La narración autobiográfica de María Eugenia es de una ex-militante del M-19, que participó por 18 años en su dirigencia, origen y desarrollo. Luego de sufrir el exilio y la cárcel, decide reconstruir su historia como un ejercicio de monografía de grado en Antropología, tarea que había dejado interrumpida debido a su incorporación al movimiento insurgente. Este proceso se materializa en el libro *Escrito para no morir: bitácora de una militancia*, que ganó el Premio Testimonio del

Ministerio de Cultura, en 1998. Confiesa que su escrito es una obra a contracorriente respecto a lo que representó la lucha guerrillera: hacer pública su intimidad, hablar en primera persona, reconstruir lo cotidiano y darle valor a una práctica académica. Para ello, se apropió del método de autoanálisis denominado *diario intensivo*, desarrollado por el psicólogo Ira Progoff<sup>3</sup>.

El relato de mi vida tiene los claroscuros propios de una construcción de memoria hecha desde el presente y basada en una serie de recuerdos y olvidos, de distorsiones que obedecen a ciertos patrones, y que finalmente, constituyen una imagen elaborada artesanalmente. Una artesanía que ofrecer a quienes leen la narración, los abstractos compañeros de viaje que interactúan conmigo por medio de sus preguntas al texto o sus discrepancias. Esa imagen recreada, seguramente re-tocada, contiene un amasijo de identidades que permitieron armar a la mujer que soy en la actualidad, e hicieron posible que yo renaciera mientras la confeccionaba. En mí, la memoria actuó como fuerza vital. (Vásquez, 1998, pp.271-272)

3 Método de autoanálisis creado por Progoff de la escuela de C. Jung y sugerido por su director de tesis Jaime Arocha. De acuerdo a este enfoque, a través de la escritura se facilita entrar en contacto con las dimensiones personales, interpersonales y transpersonales que conforman la vida de un sujeto con el fin de acercarse al conocimiento y aceptación de sí mismo y al descubrimiento de la dirección y el sentido de la vida. Este método es una iniciación a la escritura como medio para el autoconocimiento y el desarrollo personal. Una manera de mirarse, de hacer un alto en el camino y de centrarse en el presente (Diario intensivo de Ira Progoff, 2009). Por otro lado, según la autora, "la propuesta en mención se puso en práctica dentro del *Observatorio de Convivencia Étnica en Colombia* (1989) y con ella se han realizado varios trabajos de investigación. Entre ellos, figuran los de Tomás Eduardo Torres (1989), Mónica Espinosa (1994) y José Fernando Serrano Amaya (1994), así como uno derivado de ese esfuerzo, el que Mónica Espinosa realizó con el pintor indígena Benjamín Jacanamijoy (1995). En el trabajo titulado *Neguá: música y vida*, Tomás E. Torres incursiona en su pasado para mostrarnos *su alma cultural*, como llama Jaime Arocha en la introducción a la herencia naguaseña que hizo de Torres un músico virtuoso. Mi autobiografía tuvo la misma intención de buscar en las experiencias pasadas, con especial atención en las representaciones iconográficas, esos rasgos específicos que constituían *la manera de volverse Eme* y tejerlos en un relato" (Vásquez, 1998, p.273).





© IPAZUD

Los usos de memoria que exhibe la autora se inscriben en un trasfondo que posibilita la emergencia de relatos que guardan cierta distancia con la lucha armada, pero que a su vez se enarbolan como guardianes de una memoria colectiva, de una tradición social crítica que en momentos, desde la insurgencia o desde el trabajo político amplio, abrazaron el ideal del socialismo como opción. En tanto expresión de un movimiento más amplio, testimonios como los de María Eugenia “pueden aportarnos una valiosa información sobre los códigos y los valores de las sociedades a las que se dirigían y sobre la función que en ellas desempeñaban los discursos sobre la violencia” (Peris, 2008, p.13). En esta línea, el documento expresa un punto de quiebre frente a la identificación con las vías armadas de importantes sectores que décadas atrás no tenían problema en simpatizar con este camino. En los sesentas, setentas y parte de los ochentas, no era difícil hallar al lado de las críticas al Estado

y a la necesidad de confrontación del régimen, la lucha armada como solución viable a las injusticias de todo orden por parte de los análisis y los manifiestos de grupos e intelectuales. Sin embargo, desde finales de los ochenta en adelante tal confluencia será escasa y si bien persistirá la crítica al Estado, la violencia armada como salida política a la crisis sufrirá un fuerte desprestigio y cederá paso a las alternativas democráticas de reestructuración. Hoy es muy pronto para hacer un balance exhaustivo sobre las dinámicas de las memorias de la violencia en Colombia, dado que el conflicto persiste, pero es claro que para la década de los noventa, importantes sectores marcaron diferencia con los alzados en armas, y esa distancia con la violencia permitió que testimonios como los de María Eugenia se hicieran públicos desde la sociedad civil y desde el Estado.

El relato que plasma el escrito es detallado, profundo, militante. Sobre la veracidad de su relato escribe:



la memoria es cambiante, negocia sentidos con los posibles lectores. Contarme para otros, narrar mi vida con la intención de hacer un buen cuento, me llevó a buscar en los eventos pasados, más allá de la realidad, la construcción de un discurso con sentido. (Vásquez, 1998, p.281)

Con su escrito, nos recuerda que escribir sobre el pasado no es una actividad inocente (Burke, 2000), que es más bien una práctica intencionada, atravesada por interpretaciones y deformaciones en pro de un objetivo específico. Siguiendo con Peter Burke, es posible decir que los registros escritos son intentos de persuadir y moldear la memoria de los demás.

La autora ofrece detalles de la rutina guerrillera, de las complejidades de la guerra, de los dramas humanos propios de su condición, de la situación política de la época y de las contradicciones internas de un grupo arriesgado y dinámico. Permanentemente cruza su compromiso político con su ser de mujer y con sus opciones básicas de vida; se hace imposible separar un aspecto de otro. La lectura de su obra es también el acercamiento a un país en unas décadas precisas, por el prisma de una insurgente que busca dignificar el retrato de sus altibajos y rescatar la historia de una colectividad política y de muchas vidas que según su lectura “se pierden en la memoria y la historia oficiales” (Vásquez, 2000, p.19).

Aunque las más de 500 páginas de su testimonio abren y cierran con datos ajenos a su militancia directa, ésta constituye la esencia de la obra y el referente a partir del cual se narra el antes y el después. La primera parte, su infancia, es contada como un aprestamiento político y afectivo para lo que después iría a venir. La última parte, su desvinculación, da cuenta de los múltiples atropellos existenciales que padece alguien que vive con los fan-

tasmas de su militancia. Sin embargo, no es posible catalogar este núcleo como un mito que determina la construcción de todo el relato, porque no se trata del todo de una épica con héroes inmortales y todopoderosos, ni de gestas gloriosas y trascendentales, aunque por momentos algunos de sus personajes y parte de sus historias lo parecieran. Es más bien el centro en torno al cual giran los demás acontecimientos y con el cual se establecen permanentes vínculos y comparaciones, hacia dónde se caminó y de dónde se quiere partir, el lugar de los afectos y de las opciones, y el baremo con el que medirán las otras experiencias y proyecciones.

En términos generales, lo que ocurre en el caso de esos mitos es que se eliden las diferencias entre el pasado y el presente, y las consecuencias no intencionales se convierten en objetos conscientes, como si el principal propósito de estos héroes del pasado hubiera sido producir el presente –nuestro presente. (Burke, 2000, p.84)

María Eugenia asume su reconstrucción como una responsabilidad política de compromiso con los que no están o que cayeron. “Y ése es mi propósito, el de dar a conocer al ‘M’ a través de mi historia... El momento de hacerla pública fue un momento de unión entre lo que yo había sido y lo que era” (Vásquez, 2000, p.30). Enfatiza en este punto en una reconciliación con sus fantasmas, “en la medida que yo vivo, ellos viven” (Vásquez, 2000, p.480). Al respecto dice Flórez (2001) que,

Vásquez trata de mostrar que no había –ni hay– un único camino para la construcción de un estado-nación, que pudo –y puede– construirse de otra manera. Lo que se deriva de esto es que la historia nacional no sólo está confor-



mada por los hechos que realmente ocurrieron, ni es un relato acumulado inconscientemente a lo largo del tiempo... Un estado... ya sea que encarne la voluntad general o busque el bien común, relega sistemáticamente al olvido las memorias individuales y de grupos minoritarios en tanto contradicen la construcción de un único sentido de nación. El resultado es que la verdad histórica —o la narración etnográfica— no se refiere sólo a hechos —verídicos— sino que además está ordenada —y selecciona hechos— en función de los valores de quien la narra o escribe. (p.348)

En tal sentido, como toda literatura testimonial, la obra de María Eugenia está cargada de un proyecto ideológico y se postula como pretendidamente representativo de un colectivo social y político (Ochando, 1998), pero ello no es una pérdida frente a las pretensiones de objetividad, más bien se aclara como un documento que toma partido en las disputas por la memoria del conflicto colombiano.

### **Raíces, influencias**

El nacimiento de las guerrillas en Colombia, al igual que en América Latina, se explica por dinámicas externas e internas. Dentro de éstas cabe mencionar la ilegitimidad del Estado materializada en un agudo, irresuelto y viejo conflicto agrario; la grave inequidad social, el histórico uso de la violencia como regulador de relaciones sociales y políticas, y la clausura de opciones políticas distintas a los partidos liberal y conservador que el Frente Nacional entronizó. En este sentido, va a ser lugar común la invocación de estos fenómenos en muchos testimonios y manifiestos guerrilleros. Frente a la profunda crisis del régimen, va a ser comprensible la simpatía que generó en importantes sectores sociales la lucha

armada como opción legítima de cambio estructural. En este contexto se inscriben las decisiones y las apuestas descritas por María Eugenia y de tantos otros colombianos y colombianas que en las décadas del sesenta y del setenta expresaban sensibilidad social y contaban con herramientas para hacer una lectura crítica del país.

La política en cabeza de los partidos tradicionales tampoco nos ofrecía posibilidades de transformación de la sociedad. Lo obvio era apostar al triunfo de la guerra revolucionaria como una posibilidad de cambio radical para que el poder estuviera en manos del pueblo. (Vásquez, 2000, p.84)

Frente a la pregunta por los elementos de la vida que la llevaron a militar en el M-19, María Eugenia responde que desde pequeña tuvo experiencias de contacto con la realidad de pobreza, y aunque destaca vínculos en el colegio y la universidad, dice que fue gracias al contexto. Su inserción al movimiento insurgente fue resultado del proceso de compromiso creciente que emprendió con luchas políticas populares, sobre todo en medios académicos y universitarios. La vinculación de María Eugenia a la guerrilla fue similar a la de innumerables hombres y mujeres que en la universidad pública se enamoraron de la utopía revolucionaria como una causa mayor que requería de cualquier sacrificio. En estas opciones van a ser paradigmáticas figuras como Camilo Torres, el Che Guevara y Fidel Castro.

La universidad de la época veía en Camilo Torres, el cura guerrillero, un ejemplo del 'ser consecuente', un llamado a la práctica política directa en oposición a los debates teóricos. A la vez, el auge de los grupos armados en América



Latina reforzaba la idea de participar directamente con las masas en la insurrección. (Vásquez, 2000, p.65)

En su testimonio destaca de su proceso socializador dos factores relacionados con su ser de mujer que le impulsaron a la lucha guerrillera: los retos que se le imponían y que siempre superaba, y la familiaridad con las armas que tuvo desde niña. En su texto, María Eugenia también menciona la participación en un grupo de teatro en Pasto dirigido por miembros del Partido Comunista y lecturas varias en medio del boyante movimiento social y político de los sesenta. En este punto es importante resaltar el papel del arte en la política para la época, que se ilustra con una abundante cultura militante a lo largo y ancho del país, en el que la poesía, la música, el teatro de colectivos y grupos hacían apología a la revolución de una manera explícita y contundente.

Se vendían Voz proletaria y Tribuna Roja, se repartían Crítica Marxista, Barricada, Sol Rojo y Fusil, se oían baladas, salsa y tangos, nos gustaban Violeta Parra, Carlos Puebla, Víctor Jara, Ana y Jaime, suspirábamos con Neruda, De Greiff y Benedetti, asistíamos a las presentaciones de los grupos La Candelaria, el TEC y el Teatro Libre. (Vásquez, 2000, p.66)

En los setenta, María Eugenia recuerda la influencia que ejerció la actividad en la Universidad Nacional y reconocidos libros de la revolución latinoamericana y del marxismo. La clausura de medios oficiales de participación política llevó a muchos jóvenes a simpatizar con la opción guerrillera. En ese entonces, lo obvio era apostarle al triunfo de la guerra revolucionaria. En Colombia era la época en que era necesario echar plomo para ser escuchado.

Varios grupos guerrilleros contaron entre sus fundadores con integrantes y numerosos colaboradores universitarios convencidos de la justeza de su causa.

### Afectividad y rol de mujer

Al hablar de la memoria cultural, la autora destaca el lugar de las fisuras y una de ellas, dice, se relaciona con la identidad de género: “Ser mujer, en un campo evidentemente masculino como el de los ejércitos, resulta muy conflictivo” (Vásquez, 2000, p.18). En una dinámica muy autónoma, María Eugenia resalta la independencia de sus opciones políticas, al punto de adscribirse a un movimiento político-militar diferente del de su primer compañero sentimental, aunque admite que cualquier relación solo era posible con alguien comprometido políticamente. Deja en evidencia la segregación que como mujer tuvo al afirmar que sus opciones políticas, por momentos, fueron menos valoradas que las de algunos de sus compañeros. Su primer matrimonio se rompió porque había una subestimación del papel de la mujer, su condición no se diferenciaba de la que tuvo que asumir su abuela a principios de siglo, afirma la autora.

La guerrilla no deja de ser un ejército y en esta lógica la fuerza y las jerarquías favorecen el papel del hombre, las mujeres casi siempre son relegadas a tareas socialmente tradicionales, pese a la retórica igualitaria y justiciera. La mujer para conquistar reconocimiento debe demostrar ser “verraca”, “macha”, temeraria y audaz en la guerra, valores supuestamente masculinos.

Reconoce que en la lucha guerrillera lo afectivo siempre se supedita a las tareas que la organización demandara. Esta parece ser una constante en las organizaciones revolucionarias del continente, algunas de





© Merly Guanomen P.

las cuales veían el triunfo en forma inminente y en las que renunciar a los afectos consistía en un simple aplazamiento temporal con los seres queridos. Existía la certeza del triunfo. Era común afirmar que la revolución estaba a la vuelta de la esquina. La noticia de la muerte del hijo mayor pone a María Eugenia en crisis frente a esta convicción: “en ese momento, el mañana se desdibuja, no tenía referente real, toda mi renuncia quedaba sin fundamento, no era más que un vacío inmenso. Parecía mentira que tanto amor quedara huérfano de futuro” (Vásquez, 2000, p.433).

En el M-19, pese al papel destacado que cumplieron en la dirigencia algunas mujeres, hubo discriminación y desconfianza, incluso entre las mismas mujeres. La misma María Eugenia recuerda su propia inseguridad, razón por la cual, en tanto líder, acudía a la seducción y al sentimiento maternal para convencer y convocar. La mujer en la guerri-

lla debe renunciar a muchas cosas en aras de los supuestos intereses superiores de la organización y de los varones. La soledad y la recarga de tareas y responsabilidades fue el precio que muchas militantes tuvieron que pagar para no renunciar a sus puestos de comandancia. “Nosotras estábamos siempre solas porque no había ningún hombre que soportara la idea de tener una mujer metida en la guerra, que le cuidara los hijos y que, fuera de eso, siguiera pensando que era una mujer maravillosa”. (Vásquez, 2000, p.437)

Renunció a estar a la sombra de un hombre o a ser reconocida por su vínculo afectivo con un dirigente, cuando alguien lo hizo, reivindicó su antigüedad y rango. “Yo jamás seré de nadie” (Vásquez, 2000, p.487), afirma. María Eugenia dice que empezó realmente a sentirse mujer cuando dejó la militancia.

Así como luchó contra la idea de tener una pareja permanente, también lo hizo contra el rol tradicional de madre. Aunque la presión



social era fuerte. “No creo en la familia” (Vásquez, 2000, p.467), ratifica en su testimonio. Desde niña rechazó los roles tradicionales dados a la condición femenina.

En esta línea, algunos testimonios de presas políticas han informado sobre los vejámenes y exclusiones que padecen en las organizaciones armadas, en las que el acoso puede ser frecuente, o en el que la protección afectiva de un líder puede ser una salvaguarda frente a los posibles abusos que una jerarquía militar implica. Además, el rol de mujer se complejiza en situaciones de encarcelamiento pues, por ejemplo, no solo se padece la discriminación en la no recepción de visitas conyugales, sino en las condiciones de los niños y sus madres, en las situaciones de aseo o en el desconocimiento de su lugar político, por mencionar algunos casos, hechos que agudizan la condición de por sí precaria de los presos sociales y políticos en Colombia.

## El cuerpo

María Eugenia evoca en muchas de sus reflexiones el cuerpo, el suyo y el de otros, a propósito de varias situaciones y múltiples contextos. Ideas que asocia además a su condición de mujer y que explica como parte de sus esfuerzos por liberarse de un pesado lastre social que prescribe el cuerpo femenino. “Yo he podido ubicar en mi cuerpo muchísimas cosas: los vacíos, los dolores, el placer. Todo lo siento a nivel corporal” (Vásquez, 2000, p.407).

Ella mantuvo una relación cercana con su cuerpo, de cuidado, de ejercicio, de sensibilidad, de vínculo con los demás. Entendió las armas como una extensión de su cuerpo pese a que hoy las rechaza tajantemente. Vincula las experiencias de su cuerpo con el recuerdo de los caídos:

el orgasmo es como una transición entre la vida y la muerte. Es encontrar una forma de hacer presentes a los ausentes, a los que habían estado dentro de mi cuerpo, y es como darles vida a través de mi cuerpo. (Vásquez, 2000, p.290)

Cuenta también que lo primero que hizo cuando salió de la cárcel, fue recuperar su cuerpo para la libertad y el amor. Pasó por su cuerpo el dolor de la pérdida de su hijo, Juan: “cómo duele todavía el recuerdo. Imaginaba su cuerpo bajo el césped, sentía frío por él y quería penetrar la tierra para calentarlo con un abrazo infinito” (Vásquez, 2000, p.433).

Según Elvira Sánchez (2000), el relato de María Eugenia es el de un cuerpo entrelazado en un patrón, el de “la violencia que genera violencia: el cuerpo de una sociedad que nace marcado y crece moldeado y amoldando otros cuerpos dentro del esquema de agresión, armas, batallas y luchas interiores que se proyectan al exterior” (Sánchez, 2000, p.10). Pareciera ser que sobre el concepto de cuerpo se articulan los innumerables momentos de conciencia política y la búsqueda de la identidad femenina en la obra *Escrito para no morir*.

El cuerpo es un instrumento de poder, pero lo es también de resistencia; es un sitio de intimidación, pero lo es también de agresión; es el objeto de encarnamiento de la violencia, y es igualmente, la permanencia, la memoria de los que mueren y desaparecen. (Sánchez, 2000, p.11)

Esta reivindicación tiene mucha fuerza en todo su testimonio. La lucha contra una visión tradicional y religiosa del cuerpo que la sociedad encarna, el rechazo contra la concepción y manejo en las mismas organizaciones de



izquierda, y la búsqueda personal por reconocerse de una nueva forma, en medio de los conflictos y dolores más profundos hilvanan las ideas de María Eugenia sobre sí misma. Es posible interpretar su rechazo a una sociedad que prescribe, normativiza y alindera el cuerpo por determinados parámetros, así que la libertad política pasa por la libertad del cuerpo.

### Las causas, las motivaciones

Asumió la grandeza de la lucha armada en función de su participación en un proyecto mayor, histórico si se quiere, “estábamos en algo. Hablar en plural de nosotros, de la organización, creaba una sensación de comunidad, de pertenencia, de colectivo” (Vásquez, 2000, p.97). En otras palabras dice: “entenderme como parte de una historia y heredera de una cultura, le imprimió valor a una actividad como la subversiva socialmente satanizada y, simultáneamente, le dio valor a mi vida” (Vásquez, 2000, p.18).

Aquí resalta el lugar de la memoria colectiva, en el que el testimonio individual se enarbola como heredero de una tradición mayor que lo justifica y lo respalda.

“Yo aprendí el concepto de patria dentro de la lucha” (Vásquez, 2000, p.121), dice. Junto a la justicia y al cambio social, María Eugenia evoca el componente nacionalista de la actividad del M-19, en tal sentido ubica que el recorrido por las diferentes zonas del país afianzó la convicción de su lucha. En su testimonio, patria y cuerpo se van traslapando en un reconocimiento mutuo de amor y conciencia política. “Los intereses [de Colombia] están absolutamente dispersos y no encontramos un corazón que los centre” (Vásquez, 2000, p.97). Esa causa la alimenta, aún después de dejar las armas, incluso dice que por eso fue que las dejó. “Entré y salí del M-19

en el momento en que consideré oportuno hacerlo, me la jugué por el proyecto político hasta donde pude, ahora me iba porque deseaba explorar otros caminos” (Vásquez, 2000, p.477).

Vale la pena agregar que el aspecto nacionalista acompañó y acompaña no solo el nombre sino las consignas de guerra de grupos guerrilleros que invocan otro orden social y político para la nación. El desprecio a la clase dirigente, el descrédito de la justicia vigente, la impunidad, son flagelos que –dicen– no se desean para un nuevo país que se añora y por el que vale la pena cualquier sacrificio, incluso la vida. Recordemos la disyunción de sus lemas: Liberación o muerte, Patria o muerte, Revolución o muerte, Socialismo o barbarie, Vencer o morir.

Para María Eugenia, el M-19 fue una guerrilla fresca, actual, jovial, “creo que nuestros jefes desacralizaron la actividad revolucionaria. La acercaron a los anhelos juveniles de la época, la hicieron compatible con el amor, con la rumba, con el teatro, con la risa y con el estudio” (Vásquez, 2000, p.127). En medio del sectarismo de las otras organizaciones de izquierda, legales e ilegales, la autora concibe al grupo en el que incursionó como una propuesta distinta a las otras, menos teórica, más ligada a las masas.

### La muerte

Al decir “mi pasado se parecía a los caminos del país, donde una o varios cruces en cada recodo dejan constancia de la muerte” (Vásquez, 2000, p.16), María Eugenia vuelve a relacionar su trayectoria con una biografía mayor, en este caso la del país, y al mencionar en sus escritos la importancia del fin de la vida se entienden los saltos de los episodios y las sugerencias de su tutor de tesis para enten-





© TPAZUD

der este fenómeno desde un punto de vista antropológico. La rutina de la muerte violenta, vuelta espectáculo, la convierte en un acontecimiento banal, y la autora se resiste a ello renunciando a que sea el simple trasfondo, así que la vuelve protagonista.

María Eugenia señala la inminencia de la muerte en tanto guerrillera. La asocia a la tortura pero también al suicidio como derecho. El ver tantos muertos y de padecer la muerte de tantos amigos, hace que se declare con la carga de sobreviviente, como sobrado de la historia; por ello, al final de su relato, se pronuncia tranquila frente a su posibilidad, pues cumplió con lo que tenía que hacer.

El riesgo de la muerte ante la dinámica de la guerra, la tentativa de provocársela con la cápsula de cianuro, el profundo dolor frente a la muerte de sus seres cercanos, de su hijo, la muerte del país y su soledad leída en clave de muerte, son fragmentos salteados de una misma idea, de una constante y de

su historia misma, contada para no morir o por lo menos para darle sentido a lo que le queda de vida.

Contrasta este uso con el espectáculo de la muerte que exhibe el Estado de sus amigos y sus enemigos, unos y otros armas de guerra, testimonios vueltos armas ideológicas para legitimar o desacreditar, dependiendo la víctima o el victimario. Guerrilleros muertos presentados como trofeos de caza que se ponen en una vitrina para demostrar la justeza de su guerra y mover a la opinión pública, vieja táctica para el escarnio público y muestra el mal ejemplo que no vale la pena seguir.

### Socialización y subjetividad política

La autora describe una infancia tranquila y feliz, al lado de sus abuelos en Cali con alternadas vacaciones con ricas experiencias en el campo. Cuenta de niña el traslado a Sevilla, Valle, por cuestiones de trabajo del padastro que era policía y fue nombrado alcalde militar. Esa fue su primera experiencia con la violencia. “Las bajas de ambos bandos se cantaban en público como se hace en las jugadas de billar. La gente comentaba de manera natural que los pájaros habían matado a fulano anoche o que la chusma le había dado a mengano” (Vásquez, 2000, p.37).

Sobre este acontecimiento no profundiza, aunque recuerda pasajes macabros: “veíamos llegar los cadáveres atados a mulas de la gente que había sido muerta por alguno de los dos ejércitos” (citada por Sánchez, 2000, p.60). Evoca las expediciones de caza con sus parientes, los retos que asume y el orgullo de ser la única hija y mujer en estas actividades cerradas. “Nunca me quejé para no perder puntaje, porque yo me sentía inmensamente orgullosa de ser tan aguantadora que me aceptaban los duros” (Vásquez, 2000, p.39).



María Eugenia narra su vida escolar en un colegio claramente religioso, con las rutinas, los rezos, las pilatunas infantiles y las obras de caridad. Por cuestiones del traslado de vivienda de su padrastro, conoce el mundo indígena del Putumayo. Eran los inicios de los 60, pero será su incorporación a un grupo de teatro el que le ofrecerá nuevas perspectivas:

la sensibilidad social cultivada por mi madre y afirmada por las monjas, una rebeldía de adolescente que no sabía por dónde saltar, lecturas nuevas sobre la Guerra Civil Española, el periódico *Frente Unido*, que dirigía Camilo Torres, y nuevas opciones de acción social, nos cambiaron la vida. (Vásquez, 2000, p.52)

Agrega que la mayoría de las estudiantes que hacían parte del grupo de teatro pasaron a militar en la izquierda marxista. Confiesa que esta experiencia determinó el rumbo de sus posteriores opciones profesionales y políticas. En una entrevista que le hiciera Elvira Sánchez, María Eugenia relata que en los años sesenta y setenta, antes de su militancia, le tocó vivir la violencia urbana, las represiones a las manifestaciones populares y la violencia policial contra las manifestaciones estudiantiles.

Motivada por romper con el ambiente clerical de provincia se traslada a Bogotá, se presenta a la Universidad Nacional y empieza a estudiar antropología. “Ser revolucionario, creer en el cambio, ir contra el orden establecido, lugar por la libertad, entregar la vida por los intereses del pueblo, todas estas ideas se cruzaban, se entretreñían, se confundían en los prados y aulas de la universidad” (Vásquez, 2000, p.65).

Valora el aporte y el acompañamiento de su maestro Luis Guillermo Vasco, “el maestro Vasco no solo me introdujo en la vida académica sino en la construcción de una nueva

ética, la revolucionaria” (Vásquez, 2000, p.68). Militar en una organización era un imperativo, pertenecer a un grupo daba sentido de identidad y genera respeto. María Eugenia no fue la excepción. Abrazó como proyecto armado el incorporarse a una organización, “decidí esforzarme en ser una buena revolucionaria y prepararme para que ellos me captaran” (Vásquez, 2000, p.84). En ese momento decide construir una imagen a la que quería ajustar sus actos, con referencias de honradez, heroísmo, valentía, con imágenes que iban desde los santos de su pasado cristiano, pasando por los superhéroes, hasta los combatientes voluntariosos que teñían la épica revolucionaria en América Latina.

Cuenta que el contexto de la Nacional cambió su aspecto personal, dejó de dedicarse, cuidar su presentación personal, abandonó la minifalda y el maquillaje, dejó el baile y el rock, y en su lugar se aficionó a escuchar noticias para estar enterada de la realidad del país. “en ese ambiente, mi fervor por la causa crecía... me sentía ávida de participar más directamente en la revolución” (Vásquez, 2000, pp.83-84). Con su militancia y la necesidad de usar un seudónimo, cuenta una nueva ruptura en su configuración personal. La conspiración, el anonimato, los lenguajes cifrados y el ocultamiento de los pasados empiezan a hacer parte de su vida personal. Encubrir, tapar, ocultar, desinformar se constituyeron en las reglas de la clandestinidad que ahora portaba María Eugenia.

Otro punto clave en la configuración de su subjetividad política tiene que ver con el relato de su trabajo amplio, como parte de la Anapo Socialista. El contacto con el pueblo, la asistencia a reuniones, la visita a los barrios, la cotidianidad de la gente contribuyeron a su transformación. El fervor de la época le lleva a escribir:



Comenzamos a movernos entre la gente como pez en el agua, con mayor solvencia y menos desconfianza. Encontramos que podíamos sumergirnos, pasar desapercibidos, si contábamos con la simpatía de quienes nos rodeaban. Muchas personas nos apoyaron porque creían en nuestro proyecto, pero sobre todo porque confiaban en las personas que conducían la propuesta política. (Vásquez, 2000, p.140)

Describe su proceso de incorporación al M-19 como un movimiento de conversión cultural o *enculturación* antropológica que consistió en asimilar una cosmovisión clandestina y conspirativa como proyecto de vida. “Dicha cultura involucraba una serie de conductas que se transmitían a la militancia en la práctica cotidiana y se legaban de unas generaciones a otras” (Vásquez, 1998, p.273).

Otro momento importante tiene que ver con sus dos años de experiencia carcelaria en un contexto de fuertes violaciones a los derechos humanos, justo durante el gobierno de Turbay. En medio de compañeros y compañeras que tuvieron que aislarse, delatar o morir, ella dice que mantuvo vigente su compromiso. Allí afinó la solidaridad y el compañerismo, aprendió nuevas lecciones de conspiración y proyectó futuros posibles. La cárcel no la pudo domar, al contrario, desplegó nuevas iniciativas y contactos con el exterior. Pese a la adaptación a las lógicas temerarias y mercantiles del encerramiento, el vínculo y el sentido de grupo permanecieron.

Vuelta del exilio y desmoronada por la inexplicable muerte de su hijo, María Eugenia emprende una nueva etapa a partir de 1987. El horizonte de su existencia muta, adquiere un nuevo lente para lo que sucede. Sus convicciones tambalean. Cuenta

que retornar a la ciudad y recordar a tantos caídos le producían un vacío interior. Algunas actividades profesionales, el deseo de retomar sus estudios y el esfuerzo académico-existencial de reconstrucción de su experiencia le permitieron resarcir, en parte, su vida desgajada. Este momento de crisis, revestido por el tránsito de las ciudades donde tuvo actividad organizativa, las fotografías de infancia, las visitas fallidas a conocidos, encuentros amorosos intempestivos y muchos, muchos recuerdos, la confrontó, “yo sentía que había dejado un territorio seguro y que ahora la incertidumbre y la intrascendencia rodeaban mis actos” (Vásquez, 2000, p.432). En términos subjetivos describe la dificultad de enfrentar la soledad y la individualidad luego de tantos años de apuestas colectivas. También enfrentó el testimonio de las gentes corrientes que padecieron los efectos imprevisibles de las acciones guerrilleras. Entre el vacío y la libertad, de la mano de su ejercicio autobiográfico, se va reconstruyendo, emprende nuevas opciones, “recuperaba las riendas de mi vida aunque no supiera hacia qué rumbo marchar” (Vásquez, 2000, p.435).

A esta altura, su escritura cambia: entender, comprender, reconstruir, son verbos que evocan los términos de una nueva persona que quiere ser y cuyo eje fue la asunción de su diferencia de género.

Está presente en la obra de María Eugenia una tensión entre lo privado y lo público, al punto de reconocer la dificultad que tuvo al publicar su obra en su momento “debido a la poca importancia que concedía al ámbito privado en relación con la política y por el secreto que había acompañado todas mis acciones” (Vásquez, 2000, p.16).





© Merly Guanumen P.

## Desmovilización y valoración en la distancia

María Eugenia considera que su empresa y la de sus compañeros contribuyó un poco a cambiar el concepto de política: el sentido nacionalista, la democracia en la lucha armada, el pluralismo y la necesidad de un proyecto autóctono son algunos de los términos que encuentra para justificarse. Comenta que las armas fueron un medio para comunicarle algo al país, eso creía el M-19, así lo hicieron y por eso las depusieron. Sin embargo,

entre el barro de Aguablanca, la tierra colorada de Siloé y el frío de Las Malvinas de Ciudad Bolívar, quedó la utopía de poder popular que imaginamos. El país entero había jugado a la paz con el dedo en el gatillo y los muertos fueron los soñadores. (Vásquez, 2000, p.399)

En sus palabras hay un dejo de crítica a la pérdida de convicciones políticas en los nuevos militantes. A punto de retirarse, en la última reunión a la que fue invitada y ante la situación de extrañeza que experimentó frente al grupo, afirma que daba la impresión que todo fuera intrascendente, “como si en ese mar de muertes que dejó la guerra se hubiera perdido su significado inicial de lucha armada como continuación de la política” (Vásquez, 2000, p.442). Estaba clara su decisión de buscar caminos diferentes, allí cerró esta etapa de su existencia.

La desmovilización en la década de los 90 de varios grupos armados en Colombia se debe a varios factores a nivel nacional e internacional. En lo nacional, tiene que ver la impresionante arremetida militar por parte del Estado y sus aparatos paraestatales contra todo tipo de oposición legal e ilegal, el arrinconamiento y desarticulación de muchos fren-



tes guerrilleros, la ilusión de un orden político distinto al amparo de la Constitución del 91, y la percepción de pérdida de legitimidad de la lucha armada entre ciertos sectores de la población, entre otros. En la dinámica internacional, influyeron en el país la caída del muro de Berlín, el final de la Guerra Fría, la pérdida de las elecciones del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), la desmovilización del Frente Farabundo Martí Para La Liberación (FMLN), y el reajuste de la mirada sobre el socialismo a nivel internacional, entre otros. Estos y otros aspectos de las dinámicas internas y externas que se escapaban contribuyeron a un replanteamiento de las luchas políticas de izquierda, no solo en el país sino en el continente, a un reacomodamiento de las fuerzas alternativas y a una profunda crisis de la idea de cambio armado en la estructura sociopolítica. Lo que en los sesenta se vio como un proyecto, en los noventa se empezó a ver como un error en algunos sectores.

Hoy las armas no le dicen nada, o le dicen poco, no mueren los guerreros sino los civiles, dice, “pierde el sentido político el ejercicio de la violencia” (Vásquez, 2000, p.461). Dejar la lucha armada le implicó una crisis de identidad, “no ser guerrillera me dejaba en el limbo” (Vásquez, 2000, p.461), las rutinas, los gestos, los contactos, la cotidianidad cobraban nuevas perspectivas en medio de una vida civil, “sólo soñaba con tropezar en la calle con un hombre corriente que se ofreciera a cuidar de mí. Entregar a otro la responsabilidad de mi existencia” (Vásquez, 2000, p.465). La tortuosa y lenta tarea de reconstruir su identidad le implicó a María Eugenia rehacer su pasado, reflexionar sobre las puertas que tantos supuestos amigos le cerraban, “nadie quería quemarse conmigo” (Vásquez, 2000, p.478), desandar sus sitios de militancia, adaptarse a

la burocracia de un trabajo formal y, finalmente, sentir las punzadas de las contradicciones de un país que le seguía doliendo.

Hoy ubica su lucha en las pequeñas cosas, en lo cotidiano, allí también se construye democracia, libertad, “ya peleamos en las grandes ligas; ahora nos tocó las pequeñas” (Vásquez, 2000, p.481).

En el testimonio de María Eugenia, lo personal y lo político se imbrican detalladamente por toda su existencia. Tienen varios nombres y se solapan en varias causas: cuerpo, lucha, justicia, muerte, mujer, dignidad, el M-19, dolor, compromiso, Colombia, guerra, patria, amor, etc. Sin duda alguna, uno de los mayores aportes de su testimonio es el dejar ver la perspectiva de una generación, de unas mujeres y hombres y unos sectores que puján por esbozar otro sentido de lo que es y puede llegar a ser hombre, mujer, nación.

Por ello, considero que la narración autobiográfica arroja algunas luces sobre la manera de ser de un sector de ciudadanos y ciudadanas que apostaron, ayer con las armas y hoy sin ellas, a la posibilidad de una real apertura democrática en el país y al que muchos no perdonan la transgresión. (Vásquez, 1998, p.272)

Finalmente, con las memorias de la autora se pueden entrever formas de socialización política en Colombia cuyo posicionamiento ante la violencia era inevitable en períodos álgidos de la segunda mitad del siglo XX, consecuencia de una radical desigualdad social sin parangón en el continente, además de la clausura de alternativas políticas amplias producto de una guerra sucia agenciada por gobiernos civiles de corte militar. Estos aspectos cabalgaron en un desarrollo capitalista que no solo ocasionaba y profundizaba la secular pobreza de grandes sectores de la población, sino que



era asesorado desde agencias multilaterales en la lucha contrainsurgente con la anuencia de una clase política y dirigente incapaz de resolver los problemas acuciantes del país y que en los noventa encontró el ambiente propicio y la fórmula para desvertebrar buena parte de

la oposición armada a la vez que implementaba, en su fase neoliberal, nuevas maneras de sintonizarse con el mercado internacional, remozadas formas de desmonte de lo social y nuevas violaciones a los derechos humanos en su versión paramilitar.



### Referencias bibliográficas

- Braun, H. (1998). *El rescate. Diario de una negociación con la guerrilla*. Bogotá, Colombia: Norma.
- Burke, P. (2000). *Formas de Historia Cultural*. Madrid, España: Alianza.
- Castaño, C. (2001). *Mi Confesión: Carlos Castaño revela sus secretos*. Bogotá, Colombia: Oveja Negra.
- Flórez, F. (2001). Reseña de "Escrito para no morir. Bitácora de una militancia" de María Eugenia Vásquez Perdomo. *Revista Colombiana de Antropología*, 37, 341-352.
- Franco, N.; Nieto, P. & Rincón, O. (2010). Las narrativas como memoria, conocimiento, goce e identidad. En: N. Franco; P. Nieto & O. Rincón (eds.). *Tácticas y estrategias para contar. Historias de la gente sobre conflicto y reconciliación en Colombia* (pp.11-41). Bogotá, Colombia: Fescol.
- Huyssen, A. (2007). *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Ochando, C. (1998). *La memoria en el espejo. Aproximación a la escritura testimonial*. Barcelona, España: Anthropos.
- Peris, J. (2008). *Historia del testimonio chileno. De las estrategias de denuncia a las políticas de memoria*. Valencia: Universitat de València
- Progoff, Ira. (2009). *Diario intensivo*. Recuperado de <http://bit.ly/1u7jLDJ>
- Sánchez-Blake, E. (2000). *Patria se escribe con sangre*. Barcelona, España: Anthropos.
- Tovar, A. (1993). *Testimonio de una época*. Bogotá, Colombia: Planeta.
- Uribe, M. (2004). Las palabras de la guerra. *Estudios Políticos*, 25, 11-34.
- Vásquez, M. (1998). Diario de una militancia. En: J. Arocha, F. Cubiles y M. Jimeno (eds.). *Las Violencias: Inclusión Creciente* (pp.266-285). Bogotá, Colombia: Universidad Nacional.
- Vásquez, M. (2000). *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia*. Bogotá, Colombia: Ministerio de Cultura de Colombia.
- Zuleta, M. (2009). El mundo enigmático de la moral: una hermenéutica sobre el saber alrededor de la guerra en Colombia. *Revista Nómadas*, 31, 27-47.

